

# TERESA DE JESÚS EN TOLEDO

I

Toledo está de luto. Ha llorado a uno de sus más queridos magnates y sigue sollozando.

Hace unos meses ha muerto el condestable de Castilla, Arias Pardo de Saavedra. Lo que era alegría y alborozo en su palacio, es tristeza y llanto. Las doncellas no hablan sus amores y las damas sólo se atreven a hablar bajito palabras de un consuelo inútil. Hasta el mendigo, que antes se acercaba confiado, se llega cauteloso, temiendo profanar un silencio sagrado. Pide su limosna, reza un Padrenuestro por el alma del difunto y se aleja de puntillas. La figura de la esposa del difunto se destaca en este fondo de penumbra. Su rostro de demacrada palidez muestra las señales de un intenso sufrimiento. Con frecuencia sus doncellas la sorprenden llorando e intentan consolarla con palabras vanas. La traen para su distracción todas las noticias que conmueven la ciudad, la última intriga, el último lance de amor, el último horroismo y, también, cosa explicable en el Toledo de aquellos días, el último éxtasis y la última visión de la beata, que pasará al día siguiente el sambenito de penitencia. Entre todas estas cosas recogidas diariamente, solícitamente por dueñas y doncellas llega el nombre de Teresa, la monja extraordinaria, que ha tenido delirios y visiones, arrobamientos y éxtasis, pero que no ha perdido sus calidades humanas. Esta monja, le dicen, no cabe en el catálogo de beatas ilusas. Sabe vivir en la tierra al mismo tiempo que en el cielo, y sabe ganarse corazones dulcemente, santamente. Doña Luisa se reanima y desea verla y saber su sonrisa y sentir el ingrátido vuelo de su toca monjil. Se siente amiga del P. Provincial, que puede permitir y mandar que Teresa de Ahumada venga a Toledo. Desea ver a la monja inmortal y manda sus peticiones al P. Provincial y lo consigue. Pronto verá a Teresa y sabrá la sonrisa que ahuyentará su tristeza. En las Navidades de 1562, viene Teresa a Toledo con una compañera. Todavía no ha empezado su reforma, pero trae proyectos y espera el Breve de Roma para comenzar. Llega a Toledo y entra por la puerta del Cambrón para subir al palacio de Doña Luisa. Llega fatigada con una fresca sonrisa infatigable. Y empieza ya su trabajo de disipar tristeza. En pocos días el palacio de los de La Cerda se renueva de alegría y devoción. Teresa ha traído la palabra justa para el consuelo y la palabra exacta del consejo. No está ociosa. Trae también inquietudes de maternidad y sale de la casa de Doña Luisa de la Cerda para tomar consejo y a veces para darlo. Pasa por las calles de Toledo armada de su sonrisa, y ve a las enamoradas que echan alfileres a la Virgen de los Alfileritos, y hace la señal de la cruz al pasar por delante de las

cruces de los «Cobertizos», y va a la reciente fundación de los PP. Jesuitas para confesarse; «consolábame mucho, dice, que había casa de la Compañía de Jesús». Aquí en Toledo da los últimos retoques al proyecto de su Reforma, acaba el libro de su Vida, y de aquí marcha dejando a Toledo el regalo de su sonrisa.

II

Vuelve Teresa de Jesús, la que marchó, Teresa de Ahumada, el año 1568 para su quinta fundación. Cinco fundaciones en seis años. Y en el siglo XVI.

Teresa ya tiene suficiente personalidad para la anécdota. Su lenguaje ha adquirido la frase concentrada y gráfica para la descripción, para resumir una actitud, un personaje, máximo realismo. Están también llenas de eufemismo.

Toledo vive el proceso de su Arzobispado Fr. Bartolomé de Carranza. El Gobernador que le sustituye, Gómez Tello Girón, está difícil para la nueva fundación. Todos los emisarios que manda la Santa, fracasan. Teresa se determina a abandonar el ánimo del Gobernador con una acción del mejor gran estilo teresiano. Nos lo cuenta ella misma y no me resisto a copiar sus palabras, porque me duele enervar la energía de su frase:

*«Y así me determiné de hablar al Gobernador, y envíele a suplicar que tuviere por bien de hablarme. Había ya más de dos meses que se andaba en procurar lo y era cada día peor. Como me vi con él, dijele: que era recia cosa que hubiere mujeres que querían vivir con tanto rigor y perfección y encerramiento, y que los que no pasaban nada de esto, sino que se estaban en regalos, quisieran estorbar obras de tanto servicio de nuestro Señor. Estas y otras cosas le dije con una determinación grande que me daba el Señor. De manera le movió el corazón, que antes de que me quitase de con él, me dió la licencia».* (Fundaciones, cap. XV)

Un letrado, Diego Ortiz, dificulta la fundación. Es uno de los encargados por el Patrono de la nueva fundación de negociar con Teresa de Jesús y exige demasiado.

Un mocete, Andrada, «nonada rico», enviado por un fraile franciscano llamado Fr. Martín de la Cruz, «muy santo», es quien más les ayuda en la fundación. Nos lo narra con viveza y gracia:

*«El, estando un día en una iglesia en misa, me fué a hablar y a decir lo que le había dicho aquel bendito, y que estuviera cierta que en todo lo que él podía, que lo haría por mí, aunque solo con su persona podía ayudarnos, yo se lo agradecí, y me cayó hartito en gracia y a mis compañeras más, ver el ayuda que el santo nos enviaba, porque su traje no era para tratar con descualzas».*

FRANCISCO S. HIERRO.

